

HOJAS DE MI CARNET

Las concepciones de Jean Epstein

El Estudio más formidable: la naturaleza, con toda su grandiosa variedad de aspectos, desnuda, provocadora.

Los efectos de luz más ricos, numerosos y variados: las costas de Bretaña y su cielo, casi siempre nuboso, y las islas semejantes a blancos cisnes reposan a lo largo de Bret.

El decorado más poderoso: las rocas, los escollos, la tempestad, los navíos grandes y pequeños... las leyendas.

La más asombrosa, la más grande, la más hermosa, y también la más castrófica, a veces, y caprichosa de las «vetettes»: el mar.

Es así como Jean Epstein, ebrio de poesía, sediento de belleza sincera y espontánea, con una curiosidad im-

dura sólida de una inmensa y poderosa construcción, hecha de cuadros marinos muy impresionantes, salvamentos en el mar, escenas de la vida en tierra firme, costumbre, trajes, etcétera etcétera.

Los principales actores del drama, son la naturaleza y los habitantes del país, sin la intrusión de ningún profesional que venga a mezclar la farsa con la cruda realidad, los convencionalismos con esta obra de verdad y de emoción natural.

Tengo el gran placer de seguir, desde el principio, y paso a paso, el trabajo de Jean Epstein y no sé qué admirar más, si la maestría del técnico y la inspiración del poeta, o el arte y la destreza con que pacientemente educa a los habitantes del país, naturalmente toscos y ariscos, bravíos y retadores, pero que con ciertos argumentos decisivos, que no fallan, y el interés que ofrece el trabajo de la cámara, han sido definitivamente cautivados.

De este modo, este film se va agrandando cada día más, en las mejores condiciones, bajo los auspicios más favorables.

Hay, sobre todo, una virtud que sobresale entre todas las que adornan a Jean Epstein: la fe, y Epstein ha dado pruebas de tenerla muy arriyada: ¿no es verdad? Muy a menudo nos lo ha probado; y la fe es una virtud, que, según dicen, transporta las montañas, pero que en las circunstancias actuales, disciplina y doma la mar, a pesar de su orgullo.

Hay horas de trabajo rudo, intenso, y muchas veces, peligroso; trabajo abrumador de todos los días, pero hay también en los almacenes del excelente operador unos estupendos negativos, que dentro de muy poco tiempo, constituirán un placer para nuestros ojos y un regalo para nuestra sensibilidad.

P. HOT



CHARLOT

pertinente que trata de obtener nuevas confidencias de esta naturaleza tan bella, tan divina, y tan distante de los que no saben comprenderla, es así, digo, como Jean Epstein ha partido para Onessant, isla de Seine y punta de Raz, a fin de crear una película de ambiente marino, libre de todas las enojosas trabas y convencionalismos de laboratorio, donde los marinos serán marinos de verdad, las sol, rudo, y la tempestad, sin preparación.

El argumento es una historia cualquiera, sin pretensiones efectistas. Es una cosa sencilla, seleccionada entre los mil dramas que en aquellos mares se desarrollan, y que son allí el pan nuestro de cada día, arma-



PEARL WHITE

BRILLAT SAVARIN... CHINO Y «ESTRELLA»

Young Kee, cocinero y actor

Young Kee, que durante sesenta años ha cocinado en las elegantes maisiones de los Angeles o en los igualmente elegantes pero menos conocidos palacios chinos de juego de «fan-tan», es quizá el actor más interesante en la reciente producción de Allan Dwan para la Metro-Goldwyn-Mayer.

Young Kee jamás había visto hasta entonces una máquina fotográfica en operación. Cuando Dwan necesitó un chino cocinero para completar la copia de la prisión de San Francisco en 1849, en la novela de Peter B. Kyne, el director de escena, Waldemar Young, descubrió a Young Kee, el tipo exacto que se requería. Por entonces estaba éste empleado de cocinero en una de las elegantes casas de fan-tan en Chinatown, o el barrio chino de Los Angeles.

—Sesenta años yo cocino este país— dice Young Kee—. Cocino americano, cocino chino; cocino bisté, cocino jamón güevo, cocino toltas, cocino chow gai sa main... ¡cocino tolo!

Young Kee conoce los florilegios de Kung-Foo-Tazze y puede recitar los doce clásicos, pero no entiende una palabra de actuar para el cine.

—Yo buen cocinero, pésimo actor— declara.

La adición del chino cocinero, que completa la atmósfera del cuadro en la producción de Allan Dwan para la Metro-Goldwyn-Mayer, revela simplemente el cuidado extraordinario que se toman en los Estudios para obtener detalles auténticos en el cine.

La escena muestra la prisión de San Francisco en 1849, en el tiempo en que B. Jabez Harmon (conocido también por «Bejabers») era carcelero. Cuando llegaron las nubes del descubrimiento del oro, Harmon se llevó consigo a sus prisioneros, que consistían en un bigamo y tres ladrones de ganado, en busca del codiciado metal. Convirtiéndose en un monarca benigno, llegando, por ende, a formar parte de la historia de California.

Los chinos que por entonces residían en California, fundaron el Chinatown de San Francisco. Los tipos que debían representarlos en la pantalla fueron elegidos con sumo cuidado, prestandose especial atención al cocinero de la cárcel, Young, que antes había sido reporter, sabía que las casas de juego de «fan-tan» en Chinatown tenía siempre un cocinero ocupado en preparar viandas para los jugadores, generalmente algún chino viejo avezado a las costumbres del país. Fué allí en busca de su personaje y descubrió a Young Kee.

La nueva película es una historia gráfica de California, que comienza en los lejanos días de la dominación española, describiendo en seguida el descubrimiento del oro en Sutter's Mill, y la auge de riquezas improvisadas que trajo a California millares de buscadores de oro. San Francisco fué la cuna del éxodo a la conquista del oro, y una copia exacta de la antigua San Francisco y sus personajes históricos figuran en esta producción.

Un admirable vestido de novia

El vestido de novia usado por Corinne Griffith en «El jardín del Edén» película de Los Artistas Asociados, se ha exhibido en un escaparate de un importante almacén, en conexión con varios estrenos importantes. El traje, que ha sido asegurado en 1.200 dólares, ha sido también presentado en los escaparates de Arnold, Constable & Company de Nueva York, en Mabley & Carewe Company, en Cincinnati, en la Stein Company de Toledo y en Sandusky, Ohio.

El traje, por sí mismo llama la atención, pues es de un dibujo ultra moderno, con una cola de tres yardas, y también a causa de su color, pues es de un tono de melocotón, escogido por sus excelentes cualidades fotográficas en la producción.

En todos los casos, el traje provocó grandes aglomeraciones de mujeres, y en varias ocasiones las proyecciones tuvieron que ser prorrogadas a causa de esta popularidad.

La carrera ascendente de una estrella mejicana

Raquel Torres, a su regreso del Mar del Sur, donde inició su carrera cinematográfica con el rol de heroína en su primera película, ha firmado un largo contrato con la Metro-Goldwyn-Mayer. Mis Torres, oriunda de Méjico, es una hermosa muchacha y una espléndida actriz.

Retractándose decididamente

James Cruze, director en los Estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, declaró en cierta ocasión que jamás exigiría a ningún actor el que trabajase en una escena en que él, James Cruze, tuviera temor de hacer. William Haines replicó «¡piso facto» que su nueva película le obliga a deslizarse de espaldas por una cuerda desde lo más alto del teatro hasta el escenario. Cruze hubo de admitir entonces que no hay regla sin excepción.

Greta Garbo en el papel de «Salomé»

El regreso de Irving G. Thalberg y su esposa Norma Shearer, de su viaje de luna de miel a Europa, significa que pronto reanudarán ambos sus trabajos en los Estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Los Thalberg de regreso

Greta Garbo está obsesionada por el deseo de interpretar el rol de Salomé. Los funcionarios de la Metro-Goldwyn-Mayer no se deciden todavía a complacerla, porque este bíblico episodio se ha presentado ya en la pantalla y porque el papel de la heroína es tan antipático que puede reflejarse desfavorablemente en la estrella. No obstante, las dramáticas posibilidades de la historia fascinan a Miss Garbo, a tal extremo, que insiste en solicitar dicho papel.

Esta obsesión es análoga a la de Chaplin, que asegura que algún día representará el papel de Hamlet.

Renée Adorée



Sus trabajos más recientes

RENÉE ADORÉE, la fascinadora artista francesa, añade continuamente nuevos triunfos a su brillante carrera. Su trabajo más reciente fué en una película de la Metro-Goldwyn-Mayer, «El Cosaco», donde aparece de nuevo con John Gilbert. La fotografía de abajo es tomada de dicha cinta. Otra importante producción, que todavía no se ha dado al público, es «Forbidden Hours» en la cual trabaja frente al famoso galán de la pantalla, Ramon Navarro. Ambos artistas parecen en la fotografía superior en una escena de esta película. El retrato de la actriz que figura al centro fué tomado durante la producción de «Forbidden Hours.»

La Compañía Griffith se hace a la mar

Con casi todas las escenas interiores terminadas, la compañía de First National, que está filmando la gran producción de Corinne Griffith, titulada «The Divine Lady», se hará a la mar pronto.

La flota de barcos comprada por la First National Pictures y convertida, a fuerza de grandes gastos, en una flotilla naval de la época del siglo diez y ocho, está ya lista para entrar en escena.

Frank Lloyd, director de esta gran película, espera llevar su compañía junto con multitud de extras, a la isla Catalina, antes de una semana, donde se establecerá un campamento para la compañía mientras duren las escenas del mar.

Se tomarán escenas de la batalla del Nilo, en la cual Lord Nelson conquistó la flota de Bonaparte, y de la batalla cerca del Cabo de Trafalgar, en donde Nelson derrotó las flotas combinadas de los enemigos de Inglaterra, pero en la que perdió su vida.

«The Divine Lady», la producción más grande de la First National este año, proporciona a Miss Griffith su role más importante en el papel de la hermosa e infortunada Lady Hamilton.

A la cabeza de esta compañía, en la cual se encuentran más de una docena de artistas bien conocidos, figuran Victor Varconi y H. B. Warner, en los papeles de Lord Nelson y Lord Hamilton, respectivamente. «The Divine Lady» fué adaptada por Forrest Halsey y Agnes Christine Johnston de la novela histórica del mismo nombre de E. Barrington.

Suspiros

Raquel Torres, la señorita mejicana que acaba de firmar contrato con la Metro-Goldwyn-Mayer, suspiró de alivio al verse nuevamente en trajes modernos a su regreso del archipiélago del Mar del Sur, donde hizo el papel de bella aborigen. Muy pronto le participaron, sin embargo, que se le había adjudicado un papel en cierta película que exige los altos peinados y las voluminosas faldas drapeadas de la época de 1849. Suspiró entonces de nuevo... ¡esta vez, de pesar!...

¡Perro que ladra... sí muerde!

Lew Cody, estrella de la Metro-Goldwyn-Mayer, pasó encerrado en su casa varios días para dar entero crédito al viejo adagio que reza «Perro que ladra no muerde». Un perrillo del Estudio experimentaba violenta adversión por Cody, a la cual, daba expresión ladrándole constantemente. Cierta vez le contestó Cody con su mueca de figa de villano del cine, y el resultado fué un mordisco en la pantorrilla y el verse confinado en su domicilio mientras se enmendaba el menoscabo.

Adolfo Menjou, el famoso "cineastro" hace revelaciones acerca de su origen y de como pasó de campesino a la cúspide del Séptimo Arte.

(Interviu facilitada por Angloamerican N. S.)

SU INNATA AFICION POR EL TEATRO

»Pero no debo quejarme por haber escogido tal carrera. Me equivoqué en contra de mis suposiciones.

»Cuando era pequeño, me gustaba en extremo dibujar escenarios y cosas de teatro. Mi padre me permitía asistir a las funciones populares de su café.

»Estaba a mis anchas viendo celebrar ensayos, observando como trabajaban los dibujantes y pintores, los carpinteros, los directores, etc.

—¿Estonces su vida de artista, la realización de su sueño infantil?

—¡Es mi ideal satisfechol!—y luego aduce Menjou—: Este conocimiento del teatro entre bastidores, me seducía más que las funciones vistas desde la platea, y cuando llegaba a casa, tomaba tijeras, cartones, cola, papel y listones y me deleitaba construyendo a mi modo, ecenarios y decoraciones.

»Las ideas serían buenas, pero les faltaba algo, puesto que mis padres a menudo confundían mis modelos que puentes o andamios y predecían que yo tenía una gran disposición para la ingeniería.

»Se me figura que no despunté mucho entre los estudiantes de Cornell. Para sobresalir en mi carrera, sólo orientándome hacia las esferas literarias y teatrales, podía conseguirlo.

MENJOU ESCRIBE UNA OBRA

Anoté usted una cosa importante —me dice amablemente:

—Me inscribí como socio de una sociedad teatral de estudiantes y escribí una obra. Su lectura les gustó sobremanera y me dijeron que sería un éxito si se estrenaba. Pero he aquí que entonces mi padre sufrió otra vez las consecuencias de una de esas crisis comerciales y no pudo continuar sufragando mis gastos, por lo cual abandoné la carrera y regresé al hogar.

»En tales circunstancias me propuse definitivamente encarrilarme hacia el teatro.

»En aquellos tiempos, como es de suponer, Nueva York era el punto de destino codiciado. Y mi audacia innata entró otra vez en acción.

»Comprendí que era mucho mejor empezar en una ciudad grande y de porvenir, que ir picoteando de acá

para allá por pueblos de poca importancia.

»Pero... el viaje de Cleveland a Nueva York ofrecía un serio problema.

MENJOU MARCHA A NUEVA YORK

»No obstante, me hice con el dinero necesario, vendiendo algunas existencias de vino — pues era en tiempos anteriores a la ley seca — y con mis bártulos provistos de latas de sardinas y pasta de «foi-gras», junto con algunas botellas de excelente vino de champaña, me dirigí a Nueva York.

HACIA HOLLYWOOD, CAMINO DE LA GLORIA

»Transcurrieron todavía diez años, hasta que abandoné el Este por el Oeste, trasladándome a Hollywood, donde llegué con grandes esperanzas y 500 pesetas. Pero América es un país de una marcha progresiva que aturde. Ocurren tantas cosas en diez años...

SUS PENALIDADES EN NUEVA YORK

—¿Cómo pudo usted abrirse paso en Nueva York?—le hemos preguntado cautamente a Adolfo Menjou.

—Nueva York es una nuez dura de romper para un joven sin dinero ni experiencia en el oficio, con el cual piensa abrirse camino—ha contestado Menjou—. Añada usted a esto, que yo no tenía oficio y podrá usted figurarse, por tanto, el sin fin de dificultades con que tropecé antes de conseguir una colocación en una Compañía teatral.

Y prosiguió:

—Un muchacho recién salido de la Universidad, como yo era, con prácticas de ingeniero, pero sin experiencia teatral, aunque hubiese escrito una obra, que no pasaba de ser de un «colegial»; sin dinero, escaso vestuario y desconociendo los ejercicios de equilibrio que hay que hacer para vivir, frente a un Nueva York, resistente como una ostra, que tuviera que abrirse sin cuchillo, y tropezando con directores de Compañías de mirada dura, que han visto a centenares de colegiales con pretensiones de actor, y eso durante años y años, hasta hartarse de ellos... En fin, que no me resultó fá-

cil tarea limar las asperezas del camino.

Mi dinero volaba del bolsillo. Aquello era un pasatiempo costoso.

Tuve que enfrentarme con el ruído problema de dar con algo para poder atender a mi alimentación, o morir. Las ciudades grandes son desagradables por eso.

—Sí, efectivamente, pero ¿es que perdía usted el ánimo?

—No pensé ni un momento en irme de Nueva York. Me a s oncerté, pero no estaba atemorizado—nos replica.

MENJOU TRABAJA LA TIERRA

—¿Y entonces?... le pedimos.

—Recapacité sobre la clase de oficio en el que más fácilmente encontraría vacantes. Y en tales contingencias me acordé de mis antepasados—repuso Menjou. Ellos habían cultivado la tierra... bien, pues yo, aunque procediera de la Academia Militar de Culver y de la Universidad de Cornell, con conocimientos de ingeniero y artista dramático por afición, volvería como por atavismo, al tipo ancestral.

En resumen, ya que la escena me desechaba, iba a ingresar en las listas de los agricultores—concluyó secamente el hoy famoso «astro» de la pantalla.

—¿Y así pudo usted hallar empleo?—inquirimos.

—Las demandas de mano de obra agrícola—dijo—son abundantes en New York y para obtener una plaza solo se me exigió poseer buena voluntad. De esta manera entré a trabajar en la gran finca de Astor, en Rhinebeck.

Llanamente, sin empaque ni rubor, afirma:

—Trabajé como jornalero en la hacienda de dicho millonario. Me complacía mucho recibir mi paga todos los días.

Las faenas de jardinería todavía me atraen, pero ahora dejo esas labores para mis jardineros.

—¿Cómo reaccionó usted de ese percance?—le hemos dicho.

—En la primera parte de mis manifestaciones, ya indiqué cómo conseguí entrar a formar parte del

círculo de artistas de cine en New York, por medio de un teino de etiqueta prestado.

DESBRIZANDO EL CAMINO HACIA LA CUMBRE

Menjou sigue narrando:

—Pero esto no fué el principio seguro de mi marcha ascendente hacia el firmamento cinematográfico. Todo lo contrario.

Pronto terminé mi cometido en aquella película y tuve que andar nuevamente a la greña para obtener otro papel de «extra». La impresión que causó al director de la Vitagraph fué francamente mala.

Pasaron algunos días antes de estar empleado otra vez. No se necesitaba pasarse de listo para comprender que por aquellos derrotados «no había vida».

—¿De manera que su primera colocación de poco le sirvió?

—Por lo menos podía alojar en las agencias, que ya había trabajado para Vitagraph. Esto no era de efectos decisivos, porque no lograba disimular la evidencia de que había recientemente salido del colegio y trabajado en el campo.

—¿Y el teatro, no era cosa socorrida tampoco?—le pregunté.

—Verá usted—repuse—. Iba a la caza de los agentes y me esforzaba en convencerles de que yo era un buen actor. Así entré en un teatro de variedades para una obra corta, en un acto, pero que afortunadamente duró siete meses, esto es, siete meses de paga que no falló.

He dicho que se trataba de un acto corto, pero es que se repetía cinco veces entre tarde y noche. Era un cansancio enorme y al fin pensé buscar algo más provechoso y descansado. Quizás, se me ocurrió, no había entrado con buen pie en mi primera intenciona cinematográfica... y como había ahorrado algún dinero, empecé de nuevo a buscar colocación artística en el cine y vi repetirse la misma historia... no hallaba nada estable ni tan siquiera una ocasión de principiar con buenos augurios.

La sonrisa asoma a sus labios y prosigue:

SU BIGOTE LE PROPORCIONA TRABAJO

Me disponía otra vez a llamar a las puertas de la finca de Astor, cuando me enteré que la Compañía «Fox» pedía repentinamente varios «extras». Me apresuré en acudir y me contrataron en el acto. ¿Por qué? Esta vez no se trataba de vestidos. ¡Fué porque llevaba bigote!

—Cuenta usted—le rogamos con interés:

—El director deseaba hombres con bigote natural, para no aumentar los gastos con la compra de bigotes postizos y dar más realismo a los personajes.

Por mi suerte me había b etado un espeso bigote y no hubo inconveniente en contratarme, pero aquello duró poco.

Siguieron luego meses en que los

bostezos constituían mi única ocupación. Alguna que otra contrata como «partiquino» y luego calma. Era para descorazonar al más intrépido.

LA AUDACIA, GRAN CONSEJERA

De pronto, con una de esas pequeñas partes que desempeñaba,—afirma—se me presentó súbitamente la ocasión de ascender.

—¿Cómo fué?... —apremiamos.

—Un día, un artista dejó de presentarse en el Estudio—explica. La audacia de que le hablaba antes, me empujó. Me acerqué al director y con gran maña me saltó con la mía. Le había convencido de que yo era un actor de los que prometen...

Había conseguido que el hombre se enterara de mi existencia en el mundo y así, cultivando la conversación, me confirió luego un papel más importante.

Ello representaba salir ya del marco de los «extras». ¡Era mi papel! sencillísimo, pero exclusivamente para mí! Quizás solo puedan hacerse cargo del tonificante efecto moral que esto representa, los que han logrado milagros parecidos en su carrera.

Recapacita Menjou sobre su pasado y añade:

—Siguieron meses también de ruda lucha por la existencia, puesto que estos «papeles» pequeños, casi microscópicos, no me realzaban mucho en mi carrera, pero poco a poco fuí ganando confianza en que mi éxito y mi porvenir era el cine.

Entre los contratos que de vez en cuando se me presentaban de papeles microscópicos, había algunos que me infundían ánimos para la lucha.

Uno de esos contratos fué el de la «Paramount». No era nada extraordinario, pero me proporcionó una mayor técnica artística y era una promesa halagüeña para lo futuro.

LA GUERRA INTERRUMPE SU CARRERA

E irónicamente, Adolfo Menjou agrega: Entonces estalló la guerra. Acudí a su llamamiento y estuve un año en las trincheras, primero con los franceses y más tarde con los americanos.

Me enteré que un grupo de estudiantes y licenciados de la Universidad en donde estudié, se encontraban en Allestown (Pensilvania). Tuve el tiempo justo de ponerme en camino hacia aquella ciudad para alcañarles y alistarme en sus filas. Me destinaron a una ambulancia del cuerpo formado por los reclutas de dicha Universidad.

—¿Era usted de graduación, o soldado raso?

—Entré como soldado. Dos meses más tarde ascendí a cabo y antes de embarcar salté el escalafón, de sargento a teniente y luego capitán.

Esa profesión me era bien conocida. De esta manera pude dar por fin aplicación a mis estudios milita-

res, inspirados por mi afán de lucir bonitos uniformes.

Pero no eché al olvido el arte escénico. Como los de dicha Universidad éramos bien conocidos por nuestras aficiones teatrales, tuvimos que hacer algo para divertir a las tropas antes de salir de América.

—¿Y qué fué ello — nos atrevemos a solicitar.

—Dimos una representación de la obra «Goodbye Bill» (adiós, Bill), en un teatro de Nueva York, de la que se habló muy favorablemente, viniendo todos en que era la mejor que se había visto, interpretada por soldados — nos dijo Menjou.

Desembarcamos en Italia, siendo las primeras fuerzas americanas que acudieron a aquél país. Pero no permanecimos allí mucho tiempo. Un mes más tarde de haber desembarcado en Génova, los aliados dispusieron nuestro concurso en el plan de Saint Mihiel, de Pershing, y nos trasladaron en autos a través de los Alpes para acudir allí.

Cuando se firmó el armisticio, fui a Luxemburgo con el ejército americano de ocupación.

Finalmente, al terminar la campaña y volver a mi país, saqué la conclusión de que era más beneficioso por lo menos materialmente, enrolarse en la milicia que en el cine, a juzgar por el dinero que había hasta entonces conseguido del último.

—¿Consiguió usted ahorrar dinero con su paga militar?

—Por vez primera en mi vida logré tener reunidas cuatrocientas libras esterlinas con los ahorros de mis haberes militares.

MENJOU NO RENUNCIA A SER ASTRO

—¿Qué hizo usted entonces?

—Mi primer propósito, fué dedicar esta «fortuna» a costear los gastos de mi carrera cinematográfica—nos dice con orgullo.

Y continúa:

—Durante los siete años siguientes tomé parte en unas 50 películas — pero no hagamos mención de mis honorarios.

Lo único que ganaba era en reputación dentro del ambiente cinematográfico, pues los directores empezaron a conocerme más a fondo y me confiaban trabajos regularmente.

Por un cierto espacio de tiempo fui «manager» productivo de William Worthington. Luego se me brindó la ocasión de trabajar otra vez en la pantalla, con la película de Mabel Normand: «Head over Heels».

Después de esta película cómica, me encargaron el papel, esta vez ya de importancia, de doctor Littlefield en el film de William Moody, producido por George Melford, que se titulaba: «The Faith Healers».

Con sorna nos advierte:

Mi fama iba en aumento, pero no así mi bolsillo.



MARY PICKFORD, VENCIDA POR LA MODA, SE HA HECHO CORTAR SUS BELLOS BUCLES. EL OBJETIVO LA HA SORPRENDIDO EN TAN DURO TRANCE

NUM.
71

JUEVES
CINEMATOGRAFICOS
El Día Gráfico

Julio
12
1928



JANET GAYNOR Y CHARLES FARRELL EN UNA ESCENA DEL FILM FOX «EL SEPTIMO CIELO»



DOLORS DEL RIO, QUE HA OBTENIDO EL PRIMER PREMIO «COPA DE HONOR» POR SU BRILLANTE INTERPRETACION EN EL FILM DE «LOS ARTISTAS ASOCIADOS» «RESURRECCION»



EN SU PROXIMA PELICULA «RAMONA», ESTA ESTRELLA ALCANZA LAS CUMBRES DEL DRAMA, Y SIN DUDA ALGUNA SERA LA ARTISTA QUE ATRAERA LAS MULTITUDES. COMO TODAS LAS GRANDES PELICULAS ES UN FILM DE «LOS ARTISTAS ASOCIADOS»



CHARLES FARRELL Y JANET GAYNOR EN «EL SEPTIMO CIELO», SEGUNDO PREMIO DEL PLEBISCITO. LA GLORIOSA CARRERA DE ESTA PAREJA IDEAL QUE ELEVO NUESTRO ESPIRITU A CELESTIALES ALTURAS, CULMINA EN SU ULTIMO FILM TITAN FOX «EL ANGEL DE LA CALLE»



HE AQUI UNO DE LOS MOMENTOS MAS INTENSAMENTE EMOCIONANTES DE LA SUPER PRODUCCION PARAMOUNT «HOTEL IMPERIAL», QUE HA OBTENIDO MEDALLA DE HONOR

1015-37



LA GENIAL ARTISTA POLA NEGRI, EN LAS VACACIONES, SE DEDICA A CULTIVAR EL NOBLE ARTE DE LA ESCULTURA



EDWIN CAREWE, «DESCUBRIDOR» DE DOLORES DEL RIO, Y LA JOVEN Y BELLA ARTISTA, ESTRELLA CINEMATOGRAFICA DE LOS ARTISTAS ASOCIADOS, A QUIEN LE HA SIDO CONCEDIDO EL TROFEO «WAMPAS», DURANTE LA FIESTA ANUAL CELEBRADA ANTE UN PUBLICO QUE EXCEDIA DE DIEZ MIL PERSONAS

BALZAC EN LA PANTALLA

Causaba una extrañeza muy grande y muy legítima el que «La prima Bette», ejecutada con tanto amor y esmero por Max de Rieux, estuviera tanto tiempo sin ser proyectada en la pantalla.

Ahora, que nuestra larga espera pronto se verá recompensada, ya que M. P. J. Venloo, al que la edición francesa deberá una nueva victoria, después de «El vals de adiós» y «Maldone» anunciaba la presentación de la película que nos ocupa, para ayer, día 11 de julio.

No es una empresa muy fácil, que digamos, el echar la vista encima a Max de Rieux. Acaparado por la realización de «¡Tengo la negra!», con Dranem, el simpático cómico, en el estudio de Billaucourt, el joven «metteur en scene», con el que he cambiado algunas palabras por teléfono, me ha concedido una entrevista «muy barito latino» a una hora un poco intempestiva.

Quería felicitarle por el golpe de vista que han tenido al poner «La prima Bette» en tan buenas manos, y también tenía interés en que me dijera algo relativo a su manera de concebir dicho film.

Un piano abierto, libros por todas partes, muebles antiguos, una pared cubierta totalmente de dibujos dedicados y las fulgurantes composiciones en colores de Claude Franc-Nohain para «La primera Bette». Tal fué el cuadro de nuestra conversación alrededor de Balzac, iluminado por destellos de una clara inteligencia y la encantadora cordialidad del joven dueño de la habitación.

—¿Por qué he realizado «La prima Bette»? La Sociedad Astor film, que acababa de constituirse, me había pedido una adaptación de la novela de Balzac.

—Primero tuve la idea, ante lo complejo del argumento y la necesidad de reducir el metraje, de su-

En casa de Máximo de Rieux

primir la intriga secundaria, o mejor las intrigas de la señora Marneffe.

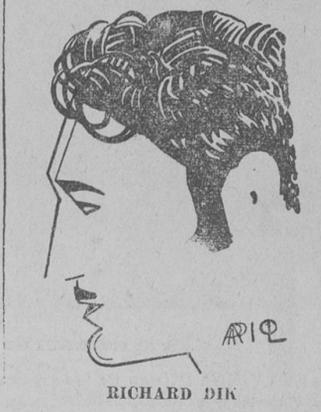
—Los directores de la casa Astor prefirieron verme realizar la novela completa, aun a riesgo de pasar del metraje normal, y no tuve más re-



FRANCES LEE

medio que rendirme a sus justísimas razones.

—Para mí fué una gran alegría adaptar a la pantalla la obra de Balzac, ya que la insistencia de los pro-



RICHARD DIX

ductores me libraba de cuidados... —¿cómo diría yo? —; de cuidados «comerciales».

Me dediqué, pues, con toda libertad de conciencia y con honradez ar-

tística a respetar el texto y el espíritu de la novela, y créame usted, tanto el trabajo de preparación como el de realización me han procurado las más vivas satisfacciones.

—Después de «La gran amiga», con la que hice el debut, aquél era mi primer gran film y en él puse todas mis fuerzas y mi alma toda.

—A la alegría que sentí y al orgullo legítimo de reproducir a Balzac, debe añadirse la de trabajar con cosos, animados del mismo entusiasmo y la misma fe que a mí me embargaban.

—El señor Bouteron, el sabio bibliotecario del Instituto, para el que la gran obra de Balzac no tiene secretos de ningún género, fué para mí un guía seguro y precioso, y el hijo de Franc-Nohain me compuso diseños que usted puede admirar en esas paredes. Esos son los originales.

—¿Y sus intérpretes? —No los olvido. Durante los meses que duró la realización, más que artistas fueron verdaderos colaboradores y amigos cuyos desvelos llegaron a impresionarme.

—Ya tendrá ocasión de verlos bien pronto y juzgará como conviene el gran esfuerzo de comprensión que han tenido que hacer para trasladar, sin menoscabo, a la pantalla la gran obra del ilustre maestro.

—Mi operador, Guillemín, no debe ser olvidado, ya que ha obtenido una fotografía de lo más hermoso que se ha visto en una producción francesa.

—¿Y Venloo? ¿Qué me dice usted de Venloo?

—Es muy reconfortante ver un hombre inteligente y decidido que se tome tanto interés por nuestra joven escuela cinematográfica, y que rompa una lanza por la película francesa.

—A Venloo no me cansaré nunca de rendirle el homenaje que se le debe rendir.

Y Max de Rieux, que solicita imperiosamente la preparación de escenas para el día siguiente, nos acompaña siempre cordial y sonriente, dándonos cita para el día del estreno de su gran obra, que tantas alegrías y sinsabores le han producido.



LOUIS H. RUBIN

ARGUMENTOS DE PELICULAS

BATALLA DE TITANES

Película realizada con el concurso del Almirantazgo británico y la Liga Naval.

En los primeros días del mes de diciembre de 1914, en plena fiebre guerrera, en el Océano Pacífico del Sur, el «Good Hope», buque almirante de la quinta escuadra británica, secundado por el «Canopus», y los cruceros ligeros «Glasgow» y «Monmouth», había recibido órdenes lacónicas pero terminantes, de atacar a la escuadra enemiga, que, después de bombardear las islas del Pacífico, trataba de entrar en Alemania.

El contralmirante, sir Cristóbal Cradock, que tenía a su mando la flota inglesa, había ordenado forzar la marcha, para alcanzar al enemigo; pero el «Canopus», rezagado por una avería en la máquina, había quedado separado unas 300 millas detrás del grueso de la escuadra.

Ciertos informes recibidos recientemente habían señalado al contralmirante, que los acorazados alemanes «Scharnhorst» y «Gneissau» habían sido reforzados por los cruceros «Leipzig», «Nuremberg» y «Dresden», y que esta flota se encontraba al mando del almirante von Spee, frente a Coronel, en las costas de Chile.

El «Glasgow», enviado de explorador, indicó muy pronto, por T. S. H. al «Good Hope» que la escuadra de von Spee estaba a la vista y que hacía rumbo al Sur.

—Recuérdese al «Glasgow» que cumpla con su deber y que toque a zafaranchó—ordenó sir Gradock—Vamos a hacer frente al enemigo y... ¡que gane quien pueda! Si conseguimos ponerlo fuera de combate, habremos alcanzado nuestro objetivo.

Confundiendo en su superioridad, von Spee esperaba el ataque con calma. Una vez se pusieron a tiro, los ingleses abrieron el fuego. Un tiro certero podía decidir el éxito de la batalla. Ese golpe lo recibió el buque almirante inglés, el «Good Hope».

—La puntería es perfecta: ¡aumentad la intensidad del fuego! —ordenó von Spee—. ¡A ellos, hijos míos! Daos prisa, que los ingleses empiezan a sentir calor. ¡Indicad a los cruceros ligeros que se aproximen y que echen a pique al «Good Hope»!

Sobre el puente de mando, sir Cradock juzgaba crítica su situación.

—Antes de diez minutos nos hundiremos, almirante —le dijo un oficial.

—Mientras quede un cañón útil, el «Good Hope» se defenderá! —contestó sir Cradock.

Y, así, luchando bravamente, hasta el fin, con el valor que da la desesperación, ardiendo por todas partes, el hermoso acorazado, tras breve aconía, desapareció bajo las encrespadas olas.

Con todos los cañones desmontados o inutilizados, haciendo agua por varios puntos de su casco perforado, el «Monmouth», mutilado, esperaba también su triste fin. El buque alemán «Nuremberg» se le aproximó.

—Ha cesado el fuego, pero su bandera de combate flota al viento —dijo un oficial alemán.

—¡Continuad el fuego hasta que se hunda, sea como sea!

Una vez desaparecido también el «Monmouth», el «Glasgow» huía protegido por las sombras de la noche, llamando sin tregua por T. S. H. al «Good Hope», cuyo paradero ignoraba, sin recibir, como es lógico, contestación.

La consternación fué enorme en Londres cuando se supo este revés.

En seis horas, lord Fisher, jefe supremo de las fuerzas navales, decidió que las dos unidades inglesas más poderosas, todavía en construcción, los acorazados «Invencible» e «Inflexible» aseguraran una cumplida revancha.

Y en el arsenal de Devoupoint se trabajó febrilmente con objeto de que los dos acorazados estuvieran listos para zarpar en el tiempo fijado de antemano.

Sin embargo, la flota alemana victoriosa no había permanecido inactiva. El depósito inglés de carbón de las islas Falkland, al sur del Atlántico, era su próximo objetivo. Post-Stanley, la capital de estas islas, por su situación, su puerto, su estación de T. S. H. y sus grandes almacenes de carbón era el punto estratégico más importante de aquellos mares. El viejo «Canopus», milagrosamente escapado de la batalla del Pacífico y anclado actualmente en el puerto, constituía la principal y casi única defensa de las islas.

Los cruceros alemanes «Gneissau» y «Leipzig» habían recibido de von Spee la orden de forzar la máquina para desembarcar en las islas Falkland y apoderarse de ellas; mas a su

llegada les esperaba una sorpresa a los alemanes...

—Me parece que en el puerto se ve demasiado humo —dijo el comandante del «Leipzig».

—Eso es que nos han visto venir, mi comandante, y están quemando sus reservas de carbón antes de que nos apoderemos de ellas.

En efecto: era carbón inglés el que ardía, pero en las calderas de la flota del almirante Sturdee. Este, que tenía bajo su mando la nueva escuadra inglesa, ignoraba que el enemigo había recorrido 7.000 millas y no encontrando a nadie en su ruta, había llegado a las islas Falkland. Estaban sus navios anclados, y apenas habían comenzado a reponerse de carbón, cuando aparecieron en el horizonte las siluetas de los cruceros alemanes «Gneissau» y «Leipzig», que habían sido destacados como exploradores del resto de la escuadra alemana.

—Almirante: si los navios alemanes caen sobre nosotros con celeridad, nos van a aplastar; no vamos a tener ni tiempo de levar anclas...

—Indicad a todos los navios que cesen inmediatamente de cargar carbón, que pongan las calderas a la máxima presión... que se apresten al combate... Aviseme cuando esté todo listo.

Cuando supo von Spee que en Post-Stanley estaba la escuadra inglesa y con ella y los acorazados «Invencible» e «Inflexible», no se atrevió a atacar, y el «Canopus» señaló bien pronto que el enemigo se retiraba, al mismo tiempo que indicaba que todo estaba listo:

—Almirante, todos los buques señalan que están preparados.

—¡Bien! ¡Que leven anclas y a marchas forzadas... a todo vapor!

Y siguiendo al «Invencible» e «Inflexible», el «Kent», Cornwall, «Glasgow» y «Carnarvon» muy pronto estuvieron en alta mar.

—Estamos a diez y ocho mil yardas de distancia, señor.

—¡Zafaranchó de combate! ¡A su puesto todo el mundo!

—¡Ya los tenemos a tiro! ¡Fuego a discreción! ¡Afinad la puntería!

—Decid a los cruceros que se dispersen y se refugien en puertos neutrales. El «Scharnhorst» y el «Gnei-

¿RUBIA O MORENA?...

Hasta el momento presente, las diversas respuestas ha ratificado la afirmación de mis Anita Loos. Unánimemente, los realizadores encuentran que el brillo de una rubia cabellera es más fotogénico, para la pantalla, que el de los cabellos negros...

ERIC BARCLAY

—¿Me acepta usted un cigarrillo? —me dice Barclay, alargándome su cajetilla de «Chesterfield».

—Gracias, no fumo — respondo sonriendo.

Barclay está preocupado; se pregunta en su fuero interno, qué diablo irá a preguntarle y eso le inquieta enormemente. Una vez expuesta mi pregunta, la conversación se encarrila:

¡Hol... es el libro más extraordinario que he leído. ¿No le parece?

Luego me responde con seguridad:

—Poco me importa el color del pelo de una mujer; lo que verdaderamente me interesa es su personalidad, su temperamento.

Lo principal es que me guste; después es cuando me doy cuenta de si es rubia o morena.

sau» presentarán combate con objeto de cubrir su retirada.

Los cruceros alemanes «Nuremberg» «Dresden» y «Leipzig», obediendo las órdenes, trataron de huir, mientras que el «Invencible» y «Inflexible» atacaban con encarnizamiento al «Scharnhorst» y «Gneisau».

Gracias a su velocidad pudo salvarse el «Dresden», pero el «Leipzig» no pudo hacer lo mismo y fué echado a pique rápidamente.

La velocidad del «Nuremberg» era superior a la del «Kent», que era su perseguidor, pero su carbón se estaba agotando; por la noche fué alcanzado.

El «Scharnhorst» y el «Gneisau» no tardaron mucho en encontrarse en una situación insostenible; acosados sin cesar por los ingleses, el primero no tardó en hundirse y el segundo empezó a arder por todas partes.

—Señalad «¡Alto al fuego!» — dijo sir Sturdee, y así les concederemos la oportunidad de que se salven, si se rinden.

—No quieren rendirse...

—Entonces... peor para ellos... ¡Fuego granizado hasta terminar!

El «Gneisau» prefirió un fin honroso, y su comandante, marino pundonoroso, abrió las compuertas y lo sepultó en el mar, sudario y tumba de los marinos.

La batalla había terminado; sólo faltaba salvar ahora todos los naufragos que fuera posible.

La flota inglesa se había desquitado, tomándose una hermosa revancha de la derrota de Coronel.

»Yo no quería llevar mis juicios hasta el punto fotográfico, ya que la fotogenia... es una cosa tan caprichosa! Se es fotogénico por un detalle del rostro, raramente por el color y brillo del pelo, que casi nunca es real, sino obtenido por efectos de luz sabiamente combinados. La fotogenia reside principalmente en los ojos, y, sobre todo, en los ojos claros, que son suficientes para realzar la hermosura de un intérprete, mientras que el brillo de los cabellos y su color es una cosa muy secundaria.

CAVALCANTI

Está en plena preparación de su próximo film «El capitán fracasa».

—Creo, señorita — me responde —, que las rubias resultan más en la pantalla que las morenas... desde luego, la fotogenia no existe; es una palabra un mito, que muchos pronuncian para darse tono de técnicos en la materia y para asustar a las jóvenes aspirantes.

»La fotogenia, si es que existe, depende de todo y de nada a la vez; es una cosa indefinible a la que el artista es, casi siempre, ajeno.

»Para mi gusto personal, si me de decirle la verdad, no tengo preferencias por ningún color definido del cabello; me gustan las rubias y las morenas... Eso depende del momento...

¡Evidentemente!

DONATIEN

Me recibe Donatien en su Estudio de la avenida Niel. Desde el mismo momento en que le veo siento la dolorosa impresión de ser aplastada por aquella imponente mole, o de que me va a meter en uno de sus bolsillos, convenientemente dobladita. Parece como si fuéramos a jugar al ogro y Pulgarcito... no me creo muy segura... Imaginaos que de pronto se le ocurriera asarme a la parrilla...

¡Adiós mis ilusiones! ¿Quién teminaría esta interesante encuesta de «¿Rubia o morena?».

»No vuelvo a crearme segura hasta que lo veo sentado, y en esta posición, no mucho; puesto que aun resulta más alto que yo.

»Por lo demás, este ogro está civilizado, y su rostro exterioriza una gran hombría de bien; tiene una expresión dulce y tranquila. Suelta una sonora carcajada, y me dice:

—Os agradezco mucho, señorita, el que os hayáis acordado de mi insignificante persona.

¡U! ¡Por fin, respiro! Mis temores se desvanecen; yo río también y se-

guidamente le pregunto sus preferencias.

—Indiscutiblemente, las rubias son más fotogénicas que las morenas, me responde sin vacilar; rubicundez es sinónimo de dulzura; y los cabellos claros evocan una mujer más bien delicada y grácil, tipo que los hombres prefieren, aunque esta fragilidad sea superficial; éstas, como digo, son más fotogénicas, primero a causa del color, y porque la piel de una rubia es mucho más fácil de fotografiar, aun a pesar de los afeites. Mi gusto personal, ya lo habrá usted adivinado, después de lo que acabo de decir: prefiero mucho más las rubias que las morenas.

PIERRE BATCHEFF

He aquí la respuesta de este «primer actor. Ciertamente que su preferencia no carece de originalidad, pero, como dijo Pascal: Todos los gustos están en la naturaleza; lo que demuestra que ésta no es tan uniforme», y felicitémosle de ser casi una excepción.

—Creo que se debe ensayar con unas y con otras, por lo que atañe a su fotogenia. Ciertos operadores han adquirido una destreza maravillosa para hacer pasar las más vaporosas rubias por morenas, y viceversa, durante el rodaje de sus películas.

»En lo tocante a mi gusto personal debo confesar mi debilidad por las pelucas.

»Además, ¿por qué limitar las sorpresas del matrimonio a las de los caracteres?

JACQUES PEYDER

—La fotogenia no tiene nada que ver con el color de los cabellos — me respondió el grave y correcto Jacques Freyder — es una cosa infinitamente más compleja y que no puede resolverse en unas cuantas líneas. Según mi modo de pensar, importa poco que una mujer sea rubia o morena; solamente el objetivo es el que decide su grado de fotogenia.

»En cuanto a mis gustos — continuó graciosamente —, con franqueza, señorita, me encuentro en una situación un poco embarazada... porque usted tiene el cabello negro, muy negro, y yo me veo precisado momentáneamente a preferir las morenas; ahora, bien, si su periódico quiere una respuesta franca, que me envíe para hacerme la misma pregunta, una rubia, y de este modo verá hacia qué color se inclina la balanza...

—¡Hasta luego, señor Freyder! ¡No hay derecho a ser tan ambiguo!

J. LENOIR

ATALAYA

El arte de escuchar anécdotas

Cualquiera puede relatar una anécdota chistosa si tiene auditorio dispuesto a escucharle.

La dificultad consiste en «colocar» un chiste en una reunión donde todos y cada uno están despepitándose por contar el suyo.

Y nada es más desesperante que referir su anécdota en un grupo donde todos y cada uno se aprestan a adivinar el final.

Y equivale a suicidarse llegar al final de un cuento que el inevitable «sábelo-

Y hay que confesar que me hicieron reír.

Modo eficaz de echar a perder el efecto de un cuento contado por otro es interrumpir las risotadas diciendo:

—Muy gracioso... pero yo lo he oído de esta otra manera...

Otro método seguro de torturar a un «raconteur», es glosar su historia con: —Eso me hace recordar al muchacho y la muchacha aquellos, que...

Sirve de tónico lo de contar una anécdota y arrancar espontáneas carcajadas al auditorio. Si celebran los cuentos de usted, seguramente que se siente usted dispuesto a celebrar los de los otros.

Nunca cuente una anécdota poniendo en ridículo a otra persona. Haga que el chiste recaiga siempre sobre usted mismo.

Cuando se trata, empero, de un incidente en que el héroe haya demostrado viveza de ingenio, refiera la anécdota en cabeza de un tercero.

No se la atribuya a sí mismo, irguiéndose ante el auditorio como quien dijera: «¿Qué les parece? ¿No es cierto que soy muy inteligente?»

Si no es usted capaz de contar una anécdota sin hacer sentir escalofríos al auditorio por temor de que la historia no tenga pies ni cabeza y se vaya usted por los cerros de Ubeda, no se meta a «raconteur». Deje que los demás se peleen por decir chistes y sea usted el contentillo más apreciado de la reunión... ¡celebre los chistes de los otros!

Y ¡principalmente! sea usted generoso y riase de los cuentos ajenos aunque nada tengan de graciosos. No es tan difícil reír, después de todo, y ello crea una atmósfera de alegría y buena disposición para los cuentos de usted... que tal vez tengan tampoco nada de graciosos.

LEW CODY



CLIVE BROOK

todo» ha destrozado de antemano con una estrepitosa risotada y la advertencia:

«¡No se pierdan esto... es algo divertidísimo!»

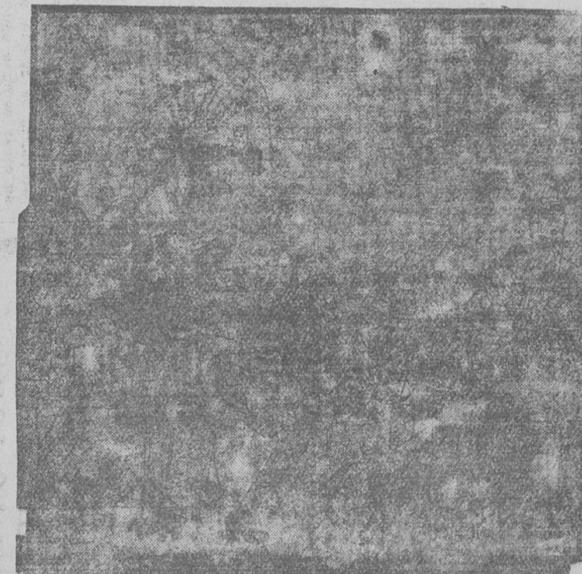
¡Vaya usted a contar su chiste a reglón seguido de esta declaración!

Por más que hayan ustedes oído cien veces el mismo cuento, o por insipido que les parezca, escúchenlo como si fuera un chiste nuevo y flamante. ¿Con qué objeto destruir el interés de los otros o, peor todavía, la satisfacción del «raconteur»?

Todos nos pirramos por contar anécdotas. Es costumbre inveterada en los Estados Unidos. Pero no debe uno abusar de sus triunfos. Cuente usted su historia y abandone el escenario. Déjelo con la risa en los labios, como recomiendan en el teatro. No agote el aplauso. Deje que otro individuo tenga su oportunidad. A él también le gustará hacer efecto.

Tengo sobre la conciencia el haber referido todas las viejas anécdotas que sobrevivieron al siglo diez y nueve. Pero me he visto obligado también a escuchar sinnúmero de chistes añejos... tanto por lo menos como los que yo he relatado.

¡Ahí Está Betty!



Ya la tenemos de regreso

BETTY BOYD, una de las encantadoras muchachas de la compañía de Hal Roach, apareció por primera vez ante el público en cierto elegante cabaret de Nueva York. Su belleza y su gracia le conquistaron el interés de los directores de la Metro-Goldwyn-Mayer,

quienes le ofrecieron un contrato para el cine. Hoy trabaja admirablemente en las comedias bufas de Hollywood, pero el día menos pensado saltará de allí rivalizando con Marion Davies en la interpretación de papeles de melodrama.